

Juan Eslava Galán

LA
PRIMERA
GUERRA
MUNDIAL
CONTADA PARA
ESCÉPTICOS



JUAN ESLAVA GALÁN

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
CONTADA PARA ESCÉPTICOS

Índice

1. El redrojo asesina al archiduque	13
2. La calma que precede a la tormenta	22
3. Entre todos la mataron y ella sola se murió (la paz, claro)	31
4. Alemania tiene un plan	45
5. <i>Dulce et decorum est pro patria mori</i>	50
6. La violación de Bélgica	54
7. Al enemigo, ni agua	62
8. La guerra en los casinos	66
9. ¿Van ganando la guerra?	70
10. Alsacia y Lorena	72
11. Al káiser no le salen las cuentas	74
12. Esto ya no es lo que era (la guerra romántica)	81
13. Los caballeros teutónicos cabalgan de nuevo	85
14. El lobo se merienda a las tres vacas	88
15. <i>Tschüss, Kolonien</i> (o sea: adiós a las colonias)	92
16. La guerra en las trincheras	94
17. Francotiradores y otros incordios	99
18. Placeres de retaguardia	103
19. Vida de ratas	109
20. Aliadófilos y germanófilos	117
21. Pilotos a ladrillazos	119
22. Navidad, dulce Navidad	121
23. Las mujeres, qué habilidosas son	129

24. <i>Turkish delight</i> (o sea, delicias turcas)	133
25. El genocidio armenio	144
26. Sueños de centinela	146
27. A río revuelto, ganancia de pescadores	149
28. Morir como ratas	153
29. El hundimiento del <i>Lusitania</i>	159
30. La mortífera salchicha	164
31. Cometas y lanzallamas	168
32. Propósitos de año nuevo	170
33. En los cielos de Verdún	173
34. El horno de Verdún	178
35. La trinchera de las bayonetas	181
36. El sargento Kunze gana el fuerte de Douaumont	184
37. Una noche memorable	187
38. El perro <i>Satán</i>	190
39. La ofensiva de Nivelles	193
40. Ronsard en la trinchera	196
41. <i>Sturmtruppen</i>	199
42. La carnicería del Somme	203
43. El trece...	210
44. Unos depósitos de agua sobre orugas	212
45. Dos púgiles sonados se abrazan en el centro del ring	217
46. Los <i>poilus</i> se amotinan	222
47. Duelo en Jutlandia	225
48. El dragón abatido	230
49. ¡Submarino!	233
50. Dos futuros padres de la patria que se salvan por los pelos	237
51. Una astucia inglesa y una torpeza alemana: el telegrama Zimmermann	240
52. El Tío Sam va a la guerra	243
53. Portugal se mete en líos y la Virgen se aparece en Fátima	245
54. Soy minero	249
55. Fango y sangre en Passchendaele	252
56. Mata Hari ante el pelotón	257
57. Nombre clave: el asunto chino	263

58. Los tanques de Cambrai	265
59. Rusia se revoluciona	268
60. Rasputín, un cadáver exquisito	270
61. En un tren sellado, con la legítima y la amante	275
62. Diamantes en el corsé	278
63. El Reichstag solicita la paz	280
64. Toda la hambruna en el asador	283
65. La batalla del káiser	284
66. El <i>Pariser kanonen</i> acongoja a los parisienses	286
67. De cómo Ludendorff se va a los puertos y de cómo las cavas del champán salvan a Francia	289
68. La hazaña del sargento York	294
69. La <i>grande offensive</i>	297
70. Aparta de mí este cáliz	302
71. El vagón de Compiègne	304
72. El Tratado de Versalles o la venganza en caliente	313
 Dramatis personae	 319
<i>Apéndice. Los supercañones de París</i>	325
<i>Cronología</i>	329
<i>Bibliografía</i>	335
<i>Índice onomástico</i>	339

El rojo asesina al archiduque

El 28 de junio de 1914 amanece radiante. En la próspera Europa, las fábricas están en plena producción; y las cosechas, listas para la siega. Es un mundo feliz, en especial para sus clases acomodadas: la aristocracia, los industriales, los banqueros, los altos funcionarios y los políticos. *The idle rich*, como dicen los ingleses.

Gracias a los avances de la ciencia y de la técnica, nunca se ha vivido mejor. La satisfecha sociedad occidental contempla el futuro con optimismo. Es la *belle époque*, especialmente bella para los pudientes.

Este verano promete ser excepcionalmente tranquilo, como recordará Churchill en sus memorias.

Han comenzado las vacaciones. Los gobiernos se dispersan, los parlamentos cierran, los balnearios y los casinos de ruleta abren. Para los políticos es tiempo de relajarse y disfrutar, de mirarse al espejo, meter la barriga y pensar, aprobadoramente: Mira adónde has llegado, parlamentario, ministro, diputado, jefe de partido, general del ejército...; eres estupendo. Un sueldo y una posición.

En París, el presidente Poincaré acude al hipódromo para asistir al Grand Prix, el acontecimiento social que precede a la dispersión de aristócratas y banqueros, generales y diplomáticos hacia las villas y playas de la Costa Azul, la Toscana y otros lugares de esparcimiento.

En Berlín, los funcionarios subalternos meriendan con las familias sobre el césped del Tiergarten. La aristocracia ha marchado ya a sus lugares de veraneo. Dice la prensa que el káiser Guillermo II está de regatas con su yate *Meteor*.

En Viena, la rutilante capital del Imperio austrohúngaro,¹ las cervecerías han instalado sus veladores en la plaza de San Esteban. La gente toma el sol en los parques o hace cola frente a las góndolas de la noria gigante del Prater. Hace días que banqueros y aristócratas se trasladaron a sus residencias campestres después de que el anciano emperador Francisco José partiera a su residencia de verano, la *Kaiservilla*, en la ciudad balneario Bad Ischl, a orillas del Traun, donde espera dedicarse a sus dos aficiones favoritas: disparar sobre los ciervos del parque y cortejar a su amante, la antigua actriz Katharina Schratt.

Como la austriaca, cada familia real europea tiene su residencia de verano: la inglesa marchó hace días al castillo de Balmoral, en Escocia; la rusa dejó San Petersburgo para trasladarse al palacio de Monplaisir en Peterhof; el monarca español, Alfonso XIII, a la Magdalena, un palacio de estilo inglés, al gusto de la reina, «obsequio del pueblo de Santander a sus monarcas».

Las cortes siguen a los reyes y ocupan chalets de lujo y hoteles en las inmediaciones de las residencias reales. Las *cocottes* y las señoritas de compañía se trasladan a los balnearios y a las zonas veraniegas. Los vividores y los carteristas, también. Como recuerda Stefan Zweig:

El siglo XIX, con su idealismo liberal, estaba convencido de ir por el camino recto e infalible hacia el mejor de los mundos. Se miraba con desprecio a las épocas anteriores, con sus guerras, hambrunas y revueltas, como a un tiempo en que la humanidad aún era menor de edad y no lo bastante ilustrada. [...] Esa fe en el progreso

1. En 1867, Hungría consiguió un acuerdo o *Ausgleich* que la desligaba parcialmente del resto del Imperio austriaco. Francisco José sería emperador de Austria y rey de Hungría, cabeza visible de una monarquía dual en la que Austria y Hungría tendrían sus propios gobiernos y parlamentos, aunque la política exterior, la financiera y el ejército serían comunes.

ininterrumpido e imparable tenía, para aquel siglo, la fuerza de una verdadera religión. [...] ¿Es de extrañar, pues, que aquel siglo se deleitara con sus propias conquistas y considerase cada decenio terminado como un mero peldaño hacia otro mejor? Se creía tan poco en recaídas en la barbarie, por ejemplo, guerras entre los pueblos de Europa, como en brujas y fantasmas; nuestros padres estaban plenamente imbuidos de la confianza en la fuerza infaliblemente aglutinadora de la tolerancia y la conciliación. Creían honradamente que las fronteras de las divergencias entre naciones y confesiones se fusionarían poco a poco en un humanismo común y que así la humanidad lograría la paz y la seguridad, esos bienes supremos. [...] Hoy, cuando ya hace tiempo que la gran tempestad lo aniquiló, sabemos a ciencia cierta que aquel mundo de seguridad era un castillo de naipes.²

El naípe defectuoso que va a provocar el derrumbamiento del ilusorio castillo europeo es Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, una nueva provincia recién incorporada al Imperio austrohúngaro.

La pequeña ciudad, de apenas setenta mil habitantes, emplazada a la orilla de un río, en un valle, entre montañas, se ha engalanado para recibir al heredero del trono austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, y a su esposa, la duquesa Sofía Chotek.

Las calles por las que discurrirá el cortejo están adornadas con guirnaldas y banderas. La banda de música ha ensayado el himno nacional y algunos vales.

El tren que trae al archiduque entra en la estación poco antes de las diez de la mañana. Un séquito de coches aguarda al pie del andén. Después de intercambiar saludos con las autoridades que han acudido a recibirlos, Francisco Fernando y Sofía se acomodan, complacidos y sonrientes, en el asiento posterior de un espléndido Gräf & Stift Double Phaeton de cuatro cilindros, modelo 1911, descapotable.

A la duquesa Sofía le encanta compartir coche con su esposo, una transgresión del rígido protocolo austriaco que el archiduque

2. Zweig, 2002, p. 6.

se permite cuando están lejos de Viena. Si estuvieran en la capital del imperio, Sofía no podría acompañar a su marido. Aunque procedente de familia noble (es hija de un conde de Bohemia), no pertenece por nacimiento a familia real alguna. Cuando están en la encorsetada Viena, Sofía debe asistir a las ceremonias imperiales sentada entre los nobles de segundo rango, jamás al lado de su esposo.³ El puntilloso y anciano emperador Francisco José sólo la aceptó a regañadientes a condición de que sus hijos no heredaran derechos sucesorios. A pesar de todo son felices. Llevan catorce años casados y han tenido tres hijos (el cuarto está de camino, porque ella está embarazada de tres meses).

El asistente cierra la portezuela del automóvil. A una señal del archiduque, el chófer, Leopold Lojka, suelta la palanca del freno y acelera ligeramente. La comitiva, seis vehículos en total, se dirige al ayuntamiento de Sarajevo, donde la corporación municipal ha previsto un agasajo en honor de los ilustres visitantes.

A lo largo del itinerario oficial, que discurre a la orilla rumorosa del río Miljacka, ciento veinte policías vigilan la carrera. Quizá no sean muchos, pero Sarajevo tampoco es una ciudad conflictiva. Precisamente por eso, porque es una ciudad tranquila y no se espera demasiada vigilancia, la ha escogido una banda terrorista serbobosnia, la Mano Negra, para atentar contra el archiduque, el representante y heredero del odiado emperador.⁴

3. La etiqueta de los Habsburgo era tan inflexible que ni siquiera permitió que los restos de la duquesa reposaran en el panteón real de la familia (la polvorienta Cripta Imperial de Viena): el archiduque y su esposa fueron sepultados en el castillo de Artstetten.

4. No es casual que el día del atentado coincidiera con el aniversario glorioso de la batalla de Kosovo, en la que los serbios se enfrentaron a los turcos el 15 de junio de 1389, festividad de San Vito. Es fama que el príncipe serbio, Zar Lazar, convocó a sus huestes con estas históricas palabras: «Malhaya el serbio de nacimiento y sangre, hijo de serbios, que no concurra a la batalla. Que nunca engendre hijos ni hijas. Que nada que toquen sus manos prospere, ni negro vino, ni dorado trigo. Que sea maldito por los siglos de los siglos». A los serbios, gente muy patriótica y devota de lo suyo, se les ponen los vellos de punta cuando rememoran la gesta.

La Mano Negra está integrada por fanáticos nacionalistas dispuestos a sacrificar sus vidas con tal de arrancar Bosnia del dominio austrohúngaro para sumarla al joven Estado serbio, a la Gran Serbia, como la llaman.

La célula terrorista que va a atacar contra la vida del archiduque está compuesta por seis individuos que se han situado a lo largo del itinerario oficial, confundidos entre la gente que aguarda el paso del cortejo. Todos son menores de veinte años para que, conforme a la ley, no puedan condenarlos a muerte si los capturan. No obstante, van provistos de sendas ampollas de cianuro por si algo sale mal y optan por suicidarse antes de caer en manos del enemigo.

La comitiva archiducal avanza a velocidad moderada. Francisco Fernando y su esposa sonrían y corresponden con saludos a las aclamaciones.

El primer terrorista, Muhamed Mehmedbašić, apostado en la terraza del café Mostar, deja pasar el convoy («No conseguí un buen ángulo de tiro para lanzar mi bomba», declararía en los interrogatorios). Tampoco reacciona a tiempo el segundo terrorista, Vaso Čubrilović. Un centenar de metros más allá, el tercer terrorista, Nedeljko Čabrinović, arroja una granada que rebota en la capota abierta del coche archiducal, cae al suelo, rueda por el empedrado y va a estallar bajo el siguiente vehículo hiriendo a dos de sus ocupantes, el conde Boosvaldeck y el coronel Morizzi. Fallada su alta misión patriótica, el joven terrorista intenta inmolarse antes de que la policía lo detenga. Muerde la ampolla de cianuro y se lanza de cabeza al río.

Está visto que no es su día. Ni ha matado a los archiduques ni se ha matado él. El veneno estaba caducado y el río apenas lleva agua debido al estiaje. La policía captura al frustrado magnicida.

La bomba ha sembrado la alarma. La comitiva imperial realiza el resto del camino a gran velocidad, lo que frustra la actuación de los otros tres terroristas, Cvjetko Popović, Gavrilo Princip y Trifun Grabež.

El segundo acto de la tragedia que ensombrecerá el porvenir de Europa se celebra en el salón augusto del palacio municipal

panelado de maderas nobles, decorado con efigies de antiguos héroes, iluminado por pesadas lámparas de cristal de Murano y tapizado de terciopelos y espesas cortinas de damasco. Al consternado alcalde de Sarajevo no le ha dado tiempo a modificar el discurso de bienvenida. Cuando alude, con voz quebrada, a «la calurosa acogida que Sarajevo brinda a sus príncipes», el archiduque comenta sarcásticamente:

—Muy calurosa, sin duda. Venimos en visita de amistad y nos recibís con bombas.

Sofía aprieta la mano de su esposo y le susurra algo al oído: «Calma, querido».

Finaliza la ceremonia. El archiduque se interesa por los heridos. Los están atendiendo en el hospital. Antes de abandonar la ciudad quiere visitarlos. El barón Morsey expresa sus temores: podría haber más terroristas encubiertos.

—¿Cree usted que Sarajevo está llena de asesinos? —le replica el general Oskar Potiorek, gobernador de la provincia—. Yo garantizo la seguridad del príncipe.

El archiduque insiste en visitar a los heridos.

—Evitemos el centro —sugiere Potiorek. Y le indica al conductor que tome la calzada que discurre junto al muelle Appel.

A la altura de la calle Gebel, junto al puente latino, el chófer se equivoca de dirección. Da marcha atrás para corregir el error y en ese momento uno de los terroristas, Gavrilo Princip, que sale de comprar un bocadillo en la tienda de ultramarinos Schiller, siente que Dios lo ha venido a ver: el odiado archiduque al alcance de sus balas.

El joven terrorista no se lo piensa dos veces: empuña su pistola semiautomática Browning modelo 1910 7,65 mm de fabricación belga y se aproxima al coche. Lojka, el chófer, ve la pistola e intenta acelerar. Demasiado tarde. Dos disparos realizados a apenas metro y medio de distancia alcanzan al archiduque en la yugular y a la duquesa en la aorta descendente a la altura del abdomen. Un tercer disparo deja un agujero en el chasis del vehículo.

La policía detiene al asesino, que ingiere su cianuro caducado con los insuficientes resultados que conocemos.

A toda velocidad conducen a los heridos al edificio del gobierno.

—¡No es nada, no es nada! —dice el archiduque, ignorante de la gravedad de su herida.

De su cuello brota un surtidor de sangre que hay que taponar urgentemente, pero los que lo asisten pierden unos momentos preciosos abriéndole la casaca que lleva sujeta con hilvanes (es tan coqueto que se la hace coser para que se le ajuste a la perfección en los actos oficiales). Mortalmente pálido, el archiduque murmura: «¡Sofía!, ¡Sofía! No te mueras..., vive para nuestros hijos». Pero Sofía fallece antes de llegar al palacio del gobierno.

Francisco Fernando, el heredero del glorioso Imperio austro-húngaro, el personaje cuyo principal mérito estriba en haber cazado más de cinco mil ciervos a lo largo de su laboriosa vida, se estremece en un prolongado estertor y muere.

Un telegrama traslada la noticia al anciano Francisco José:

—¡Es horrible! —exclama—. ¡Ningún dolor se me va a ahorrar en este mundo!

No será para tanto. Francisco José no simpatizaba especialmente con su sobrino ni con la duquesa Sofía, a la que consideraba una advenediza. Lo que más siente es el trastorno que la súbita desaparición del heredero acarrea a la dinastía.

La noticia se divulga rápidamente gracias a ese novedoso invento del teléfono.

Una prueba más, piensan muchos, de que algún maleficio se cierne sobre la familia imperial. A la emperatriz Isabel la asesinó años atrás un anarquista;⁵ su único hijo varón y heredero del

5. La emperatriz Isabel no es otra que Sissi, a la que la hermosísima Romy Schneider representó en una serie de edulcoradas películas en los años cincuenta. Esta muerte, para qué nos vamos a engañar, no debió de afectar demasiado al consolable viudo, ya que las relaciones entre ellos nunca fueron muy buenas: la chica era bella y culta, pero también excéntrica, depresiva y anoréxica. Desentendida de sus obligaciones cortesanas, prefería dedicarse a la equitación, a la gimnasia, al ayuno y a los viajes. En

trono, el archiduque Rodolfo, se suicidó con su amante en el pabellón de caza de Mayerling (un suceso bastante misterioso y nunca del todo aclarado); el siguiente heredero en la línea sucesoria, Carlos Luis, hermano del emperador, falleció de disentería en Tierra Santa después de beber devotamente agua del contaminado Jordán en el presunto lugar del bautismo de Jesús; a Maximiliano, emperador de México y también hermano de Francisco José, lo habían fusilado los insurgentes...

En fin, un catálogo de desgracias. Y ahora esto.

El anciano emperador de las pobladas patillas convoca a su edecán, suspende el veraneo y ordena que la corte regrese a Viena. Así lo narra Stefan Zweig:

En el parque de Viena, la música se detuvo de repente en mitad de un compás. No sabía qué pieza estaba tocando la banda en aquel momento, sólo noté que la melodía había cesado de golpe. Instintivamente, levanté los ojos del libro. La multitud, que como una sola masa de colores claros paseaba entre los árboles, también daba la impresión de que había sufrido un cambio: de repente había detenido sus evoluciones. Algo debía de haber pasado. Me levanté y vi que los músicos abandonaban el quiosco de la orquesta. También eso era extraño, pues el concierto solía durar una hora o más. Algo debía de haber causado aquella brusca interrupción; mientras me acercaba, observé que la gente se agolpaba en agitados grupos ante el quiosco de música, alrededor de un comunicado que acababan de colgar: su alteza imperial, el heredero del trono, y su esposa, que habían ido a Bosnia para asistir a unas maniobras militares, habían caído víctimas de un vil atentado político [...] dos horas después no se veía ninguna muestra de aflicción. La

uno de ellos, junto al lago de Ginebra, se topó con el albañil anarquista que la apuñaló con una lima afilada sin saber siquiera quién era: «Sólo quería matar a una persona que vivía en una felicidad insolente», declaró. La emperatriz se había hecho tatuar un ancla en el hombro, una chaladura que en su tiempo era propia de marineros y de presidiarios. Si el lector quiere indagar sobre la vida de esta interesante mujer, le aconsejo que lea la excelente y bien documentada biografía de Ángeles Caso, *Elisabeth, emperatriz de Austria-Hungría o el hada maldita*, Planeta, Barcelona, 1993.

gente charlaba y reñía y por la noche la música volvió a sonar en todos los locales.⁶

Se van aclarando detalles del atentado. Han sido nacionalistas proserbios.

¡Los nacionalismos, la peste del siglo xx (y del XXI)!



1900. La sociedad próspera, alegre y confiada que pensaba que las guerras eran cosa del pasado.

6. Zweig, 2002, p. 103.